

HOMILÍA DEL 25 DE MAYO 2020

Queridos hermanos, ¡Feliz día de la Patria!

Hoy los argentinos conmemoramos un aniversario más de su primer gobierno patrio logrado a través de la Revolución de Mayo. Esta no fue la gesta de un solo día, ni de un solo hombre, sino que se trató de un impulso de largo aliento, movido por muchas personas a través de una serie de acontecimientos, que culminó en el cabildo abierto del 25 de mayo con el juramento de la Primera Junta de Gobierno y a la vez, este acontecimiento fue el inicio de un proceso que culminó en Tucumán, el 9 de julio de 1816, con la declaración de la Independencia.

Hoy nos unimos en oración por nuestra Patria Argentina para **dar gracias a Dios** por esta bendita tierra en la que vivimos, tan variada en sus paisajes, en sus riquezas y en los valores de nuestra gente. Pero también y especialmente, nos unimos para suplicar al Señor de la Vida y de la Historia, que nos libre de esta pandemia que azota a toda la humanidad y a nosotros los tucumanos del dengue y de otras muchas epidemias que amenazan la vida y la salud de nuestra sociedad.

Esta situación sanitaria nos ha sorprendido, nos ha angustiado, nos ha hecho descubrir que somos frágiles, que muchas veces hemos puesto nuestras seguridades en lo superficial y pasajero.

Nos ha hecho detenernos, parar obligadamente; nos ha hecho volver a casa, a descubrir el valor de la familia, de los vínculos e igualmente nos ha hecho visibilizar que hay tucumanos que no tienen casa, familia, salud, trabajo, ni oportunidades.

Hoy le suplicamos al Señor que nos conceda un espíritu de sabiduría y de revelación que nos permita conocerlo verdaderamente y conocer lo que él quiere enseñarnos en esta situación, que nos desconcierta; porque la vida se ve amenazada por todas partes y sin distinción y, a la vez, nos despierta para que busquemos la forma de cuidarnos a nosotros mismos, y de cuidar a los otros y cuidarnos todos.

Esta situación sanitaria he puesto en evidencia muchas enfermedades que sufrimos desde años: la indiferencia, la corrupción, la injusticia, los egoísmos, la ambición, la violencia, la inseguridad, y la falta de respeto por la vida, la falta de oportunidades, la ceguera, la sordera y la invalidez que destruye los vínculos.

Pero también ha puesto en evidencia muchos valores que tenemos, principalmente el valor de la vida como valor esencial, único e inviolable, que debe ser custodiado siempre y en todas formas, en todas las situaciones y circunstancias y etapas del ser humano, especialmente en los más frágiles y vulnerables. El valor del hogar, la familia, el trabajo, la solidaridad, el servicio, la creatividad, el sacrificio y la responsabilidad social y comunitaria.

El Papa Francisco nos decía el domingo de Pascua en su mensaje:

- Este no es el tiempo de la indiferencia ante el sufrimiento humano. Por eso tenemos que acrecentar el compromiso para alentar la esperanza de los más pobres, enfermos, débiles. Que no se sientan solos, que no les falte lo esencial, los bienes de primera necesidad y este es compromiso de todos.
- Este no es tiempo del egoísmo, porque este desafío nos une a todos y no hace acepción de personas. Que podamos tratarnos, respetarnos, cuidarnos, sosteniéndonos mutuamente como una familia, que pongamos en común los

bienes que tenemos para el servicio de todos mediante una solidaridad creativa, efectiva, organizada, sostenida en el tiempo.

- Este no es tiempo de división y violencia, porque nos necesitamos todos, todos tenemos qué compartir y qué entregar, y todos tenemos qué recibir y aceptar del otro. No gastemos energías en herirnos y reprocharnos constantemente sino en recrear los vínculos y crecer en diálogo, comprensión y paz; muchas veces cediendo para que la unidad prevalezca ante el conflicto, asumiendo los desafíos y las diferencias y buscando fundamentalmente el bien común y la paz social.
- Este no es tiempo de olvido. Que esta situación sanitaria no nos haga olvidar tantas situaciones de emergencia que llevan al sufrimiento de muchas personas. La miseria escandalosa en un país tan rico. La situación laboral tan precaria de muchos y la falta de trabajo y de la cultura del trabajo. Las adiciones, la violencia, el delito, la injusticia, el acomodo, la corrupción. Esta situación tiene que sacar de nosotros lo mejor de nosotros para el bien de todos.

Por eso es importante acrecentar la esperanza y la alegría. El compromiso y la fraternidad.

Decía la primera lectura que Dios nos ilumine nuestros corazones para valorar la esperanza a la que hemos sido llamados... Despertar y activar la esperanza en nuestra Patria..., en Tucumán.

La esperanza es sufrida, sabe sufrir para llevar adelante un proyecto, sabe sacrificarse por un futuro prometedor y hacia allí nos empuja. Escuchamos en el Evangelio la mujer cuando va a dar a luz sufre...

La esperanza es fecunda, da vida si somos capaces de dar vida, de generar algo nuevo, creativo, distinto, mejor, para superar las discusiones y proyectos estériles y egoístas.

La esperanza lleva a ponerse en camino, a trabajar, a madurar en opciones y decisiones para luchar contra la cultura del descarte que nos quita la esperanza, porque mata a los niños antes de nacer, descarta a los ancianos porque ya no producen, descarta a los jóvenes negándoles posibilidades, excluye a los pobres e ignora a los más sufrientes.

Hoy estamos llamados a caminar en esperanza, a hacer que nazca, aunque con dolores de parto, una nueva humanidad, una nueva Patria, un nuevo Tucumán.

El camino de la esperanza no es fácil y no se puede recorrer solo, tenemos que caminar juntos.

Nos dice el Papa Francisco...

Es importante "unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral". Cada acción individual no es una acción aislada, para bien o para mal, tiene consecuencias para los demás, porque todo está conectado en nuestra Casa común... "Una emergencia como ésta es derrotada en primer lugar con los anticuerpos de la solidaridad" (3). Lección que nos permitirá volver a sentirnos artífices y protagonistas de una historia común y, así, responder mancomunadamente a tantos males que aquejan a millones de hermanos. No podemos permitirnos escribir la historia presente y futura de espaldas al sufrimiento de tantos. Es el Señor quien nos volverá a preguntar "¿dónde está tu hermano?" (Gn, 4, 9) y, en nuestra capacidad de respuesta, ojalá se revele el alma de nuestros pueblos, ese reservorio de esperanza, fe y caridad en la que fuimos engendrados y que, por tanto tiempo, hemos anestesiado o silenciado.

Si actuamos como un solo pueblo, incluso ante las otras epidemias que nos acechan, podemos lograr un impacto real. ¿Seremos capaces de actuar responsablemente frente al hambre que padecen tantos, sabiendo que hay alimentos para todos? ¿Seguiremos mirando para otro lado con un silencio cómplice ante esas guerras alimentadas por deseos de dominio y de poder? ¿Estaremos dispuestos a cambiar los estilos de vida que sumergen a tantos en la pobreza, promoviendo y animándonos a llevar una vida más austera y humana que posibilite un reparto equitativo de los recursos? ¿Adoptaremos como comunidad internacional las medidas necesarias para frenar la devastación del medio ambiente o seguiremos negando la evidencia? La globalización de la indiferencia seguirá amenazando y tentando nuestro caminar... Ojalá nos encuentre con los anticuerpos necesarios de la justicia, la caridad y la solidaridad. No tengamos miedo a vivir la alternativa de la civilización del amor, que es "una civilización de la esperanza: contra la angustia y el miedo, la tristeza y el desaliento, la pasividad y el cansancio. La civilización del amor se construye cotidianamente, ininterrumpidamente. Supone el esfuerzo comprometido de todos. Supone, por eso, una comprometida comunidad de hermanos".

Estamos llamados a la alegría, al gozo que nadie nos podrá quitar si caminamos en esperanza, si crecemos en solidaridad.

Porque somos todos frágiles, limitados, todos necesitamos de los otros, pero sabemos que todos somos importantes, valiosos y necesarios, porque somos hermanos.

Acrescentar la fraternidad con gestos concretos, como muchos lo han hecho y lo están haciendo hoy en día.

Tratarnos como hermanos, respetarnos como hermanos, cuidarnos como hermanos, viviendo como hermanos para dar a luz una Patria de hermanos en justicia y esperanza.

María, Madre del Pueblo, esperanza nuestra, madre de Jesús y Madre nuestra, nos alienta en la esperanza y nos protege con su ternura maternal. En este año mariano Nacional deseamos con María, ser servidores de la esperanza. Amen.